

siglo de oro de nuestro lenguaje. Muy superior, según jueces con-  
petentes, al que se habla hoy día, es natural y sencillo, y no  
hay ni las ligeras sombras de estilo culto que antes de él se  
dar. En estos tiempos de inercia en el hablar, y de puer-  
tille en escribir, tales locuciones os harán parecer  
de las letras y de la civilización. Por lo demás, nada fama por  
la inocencia de los espectadores, aun más tímidos, tratándose de  
Rita de Alarcón. El supo siempre "introducir un elemento de mo-  
ralidad en sus dramáticas peroraciones".

Al dar las gracias a los poetas y escritores que nos han hon-  
rado compitiendo en este certamen, me permito presentar a los  
que de lejos han venido a esta fiesta "Corte de Amor". Decidme  
si no tengo motivos de sentirme orgulloso en medio de tan bri-  
llante cortejo. No me refiero a su belleza plástica, ni a su do-  
nancia y elegancia.

"Las gracias del alma  
son almas de las del cuerpo."

¡Dijo nuestro Alarcón, y éstas son las que me encantan. La orfe-  
ra de que han dado prueba esta noche la Reina y sus damas, es un  
chando con sostenida atención y no disminuido interés, los dis-  
cursos y poesías que se han recitado, es fruto de los altos estu-  
dios a que hace ya veintiocho años se consagran las hijas de  
nuestros próceres, en el cercano Puerto, que me fué dado plantar  
para su provecho. Todas han crecido bajo la sombra de mis alas,  
y ahora las contemplo embalsamadas, semejantes a rameras de olivo,  
en derredor del carcomido tronco, que no tardaré en caer bajo la  
segar del leñador.

Si antes de experimentar las emociones de esta noche delirio-  
sa, oísteis sin vacilar el pueto de mansueto de los juegos flo-  
rales, ahora me felicito de todo corazón por haber conocido a  
vuestro flamante. No se me oculta la alta significación de  
vuestro convite, ilustrada Junta organizadora. Bien generoso los  
delicados sentimientos que han atraído a un concurso tan número-  
so como variado, tan selecto como gentil, hasta un pozo, que se  
pueda haber perdido en fuertes magnéticas.

Gracias, Corte de Amor, gracias, poetas.

Gracias a todos. Eterna será la gratitud del trovador emérito  
del Pastor de Arcadia y de la Iglesia, que aun no acaba de rom-  
per su zampoña ni su honda, y que durante medio siglo, "apacentó  
cantando su rebaño".

[Faint, illegible text at the top of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

DISCURSO

PRONUNCIADO

EL 10 DE AGOSTO DE 1910 AL TOMAR POSESIÓN DEL HOSPITAL  
DE SAN CARLOS BORROMEIO.

[Faint, illegible text in the main body of the page, possibly bleed-through from the reverse side.]

SEÑOR DOCTOR OTERO:

COMPRENDO la pena que sentís al entregarme esta Casa de Beneficencia y Salud, que ha sido casi veinte años vuestra hija predilecta. No serán muy diversos los sentimientos que os contristarán cuando tengáis que dar en matrimonio a la primera de vuestras hijas que abandone el hogar paterno para seguir a un esposo. Pero así como entonces os consolará la idea de que cumplís con las leyes de la naturaleza, y la ponéis bajo la protección de una mano más joven y fuerte que la vuestra, así ahora debe confortaros el convencimiento de que vuestro querido hospital pase no sólo a poder de uno más joven que vos, sino de un hombre que nunca muere.

El Obispo, en verdad, es inmortal, aunque el individuo perezca. Yo no tardaré en bajar a la tumba, pero mis huesos reverdecerán, y resurgirán en la persona de mi sucesor cubiertos de carne más fresca, y ligados con tendones y nervios más robustos, que harán a las manos empuñar con más vigor el báculo y a las piernas caminar con más brío por la senda del Apostolado. Y cuando de nuevo los cubra la tierra otros saldrán de los sepulcros, y así hasta la consumación de los siglos.

He aquí por qué con tanta confianza acometo empresas más arriesgadas, a medida que la vejez avanza. He aquí por qué al entregarme vuestro hospital, no lo perdéis, sino que le dais nuevo vigor; no lo acompañáis a la tumba sino que asistís a su rejuvenecimiento. He aquí por qué en vez de romper lloroso la pluma con que habéis firmado la escritura de venta, aceptaréis la que yo os ofrezco y que me ha servido para rubricar el instrumento de compra de este hospital, que será el predilecto entre mis edificios.

No es ésta todavía la inauguración de esta santa casa; y digo santa porque en el lenguaje genuinamente castellano, toda casa de salud se ha llamado santo hospital. Más tarde esparciremos por todas partes el agua lustral, celebraremos los divinos misterios, y traeremos a coronarlo la imagen del celeste Protector que le he dado, San Carlos Borromeo.

Hoy os hemos invitado, Señores, a presenciar la translación de dominio, y el principio del nuevo régimen. He querido que veáis los grandiosos planes del Doctor Otero, sus grandes concepciones, sus sólidas obras, las huellas de su constante lucha y los resultados de su admirable filantropía. Al verlos, comprendéis cuánto me resta que hacer, y los ingentes gastos que me será preciso erogar. Gracias a la herencia que me legó el hábil abogado y digno sacerdote D. Julio Gutiérrez Castillo, he podido,

COMPRENDO la pena que sentís al entregarme esta Casa de Bene-  
ficencia y Salud, que ha sido casi veinte años vuestra hija que-  
rriosa. No serán muy diversos los sentimientos que os contrista-  
rán cuando tengáis que dar en matrimonio a la primera de vuestras  
hijas que abandone el hogar paterno para seguir a un esposo. Pe-  
ro así como entonces os consolara la idea de que cumplís con las  
leyes de la naturaleza, y la ponéis bajo la protección de una ma-  
re más joven y fuerte que la vuestra, así ahora debe confortaros  
el convencimiento de que vuestro querido hospital pasa no solo a  
cuidar de uno más joven que vos, sino de un hombre que nunca fue-  
re.

El Obispo, en verdad, es tan mortal, aunque el individuo perez-  
ca. Yo no tardaré en dejar a la tumba, pero mis buenas reveren-  
das y respetables en la persona de mi sucesor ocupadas de carne  
más fresca, y ligadas con tendones y nervios más robustos, que  
harán a las manos empujar con más vigor el bélico y a las pier-  
nas examinar con más brío por las sendas del Apostolado. Y cuando  
de nuevo los cupos de tierra otros saldrán de los sepulcros, y  
así hasta la consumación de los siglos.

He aquí por qué con tanta confianza acometo empresas más a-  
rriesgadas, a medida que la vejez avanza. He aquí por qué al en-  
tregarle vuestro hospital, no lo perdéis, sino que le dais nuevo  
vigor; no lo acompañáis a la tumba sino que salta a su rejuvene-  
cimiento. He aquí por qué en vez de romper la pluma  
con que habéis firmado la escritura de venta, aceptáis la que  
yo os ofrezco y que me ha servido para comprar el instrumento  
de compra de este hospital, que será el predilecto entre mis edi-  
ficios.

No es ésta todavía la inauguración de esta santa casa; y digo  
santa porque en el lenguaje genuinamente castellano, toda casa  
de salud se ha llamado santo hospital. Más tarde separaremos  
por todas partes el agua lunar, celebraremos los divinos miste-  
rios, y traeremos a coronarlo la imagen del celeste Protector  
que le he dado, San Carlos Borromeo.

Hoy os hemos invitado, Señores, a presenciar la traslación  
de dominio y el principio del nuevo régimen. He querido que  
veáis los grandiosos planes del Doctor Otero, sus grandes conce-  
pciones, sus sólidas obras, las huellas de su constante lucha y  
los resultados de su admirable filantropía. A verlos, comprendo  
réis cuánto me resta que hacer, y los urgentes gastos que me se-  
rán precisos erogar. Gracias a la herencia que me legó el hábil a-  
bogado y digno sacerdote D. Julio Gutiérrez Castiello, he podido

añadiendo igual cantidad de lo que ya poseía, aprontar la suma  
que acabo de entregar al benemérito fundador de este estableci-  
miento. Pero no es esto más que el principio, y necesito de vues-  
tro auxilio y de vuestro auxilio constante, oh fieles Potosinos.  
Yo cuento con él. Me habéis visto impertérrito, en medio de la  
oposición desleal con que ya de un lado, ya de otro, he visto  
contrariadas casi todas mis empresas. La edad no ha menguado mis  
bríos; antes bien, me he vuelto más belicoso, y podéis estar se-  
guros que defenderé hasta derramar la última gota de mi sangre  
cuanto me confiáis para esta buena obra, que será quizá la últi-  
ma de mis empresas. Con ella queda redondeada mi diócesi, y ya  
nada tendrá que envidiar a ninguna en instituciones de educación  
o beneficencia.

Quiera la augusta Virgen, que quebrantó la cabeza de la infer-  
nal serpiente, aplastar con su divina planta los reptiles que a  
todo lo bueno y a todo lo santo se oponen, y allanarme el camino  
en esta obra postrera de caridad y de sacrificio.

Sirva de aliento a los enfermos que aquí vengan a buscar ali-  
vio en sus dolores, el ejemplo del gran santo que hoy celebramos,  
Lorenzo el Levita. No sobre mullido lecho, sino sobre dura parrí-  
lla, calentada a fuego lento, pasó sus últimos instantes. Lejos-  
de prorrumper en ayes lastimeros, santamente insultaba al tirano,  
como nos refieren las actas de su martirio. "Ya está bien asado-  
este lado (decía) vuélveme del otro y cómeme a tu sabor. Pero en  
cuanto a los bienes de la Iglesia, que codicias, sábeta que ya  
los llevaron al cielo, fuera de tu alcance, los pobres a quienes  
repartís su valor."

En un día como este, hace 48 años, recibí yo también el diaco-  
nado que me igualó con él en jerarquía. Quiera su intercesión al-  
canzarme el mismo espíritu de paciencia y constancia, y darme ig-  
uales bríos para desafiar hasta el último suspiro, a los codi-  
ciosos del tesoro de los pobres.

Pero como nuestro pueblo está en la miseria, y como  
sus infortunios por remediar, he aquí que he emprendido  
ambición de trazar con piedra el proyecto de un hospital  
de Niños y Ancianos, tan grande, tan sólido, tan cómodo  
deas de la miseria... y el 1º de mayo de 1893, cuando  
el edificio, como explicé la plaza filipina como edificio  
por una parte nos felicitamos por la conclusión de esta  
nuestros hijos... Esta obra es para los pobres.